

Viento del noreste

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel Q

Número de palabras: 965

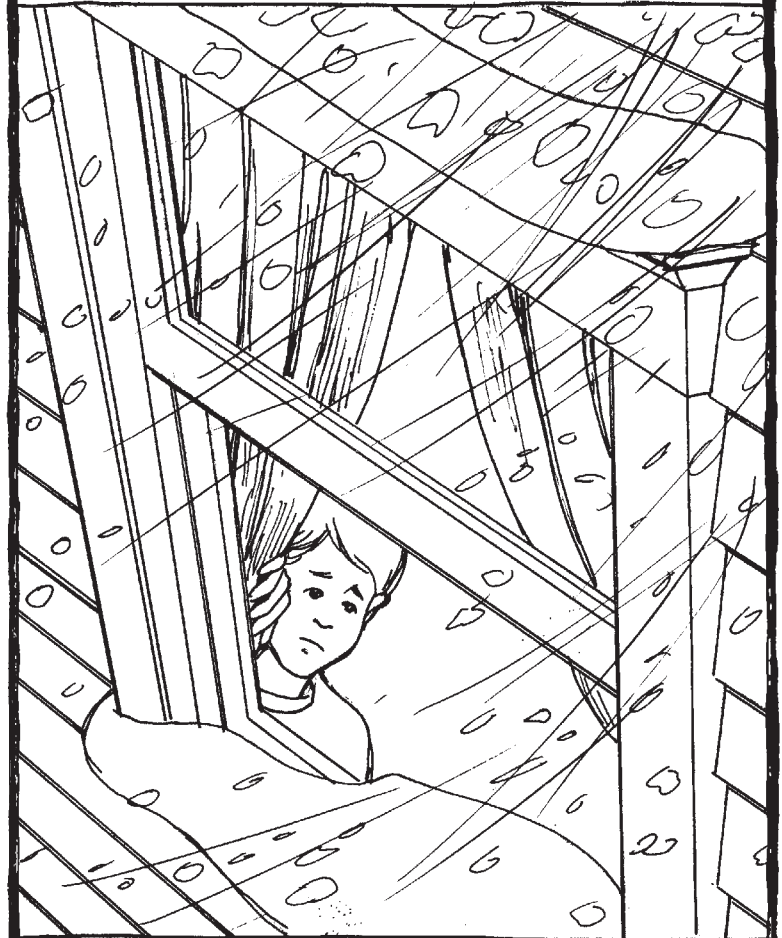


Reading a-z

Visite www.readinga-z.com
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • Q

Viento del noreste



Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner

www.readinga-z.com

Viento del noreste



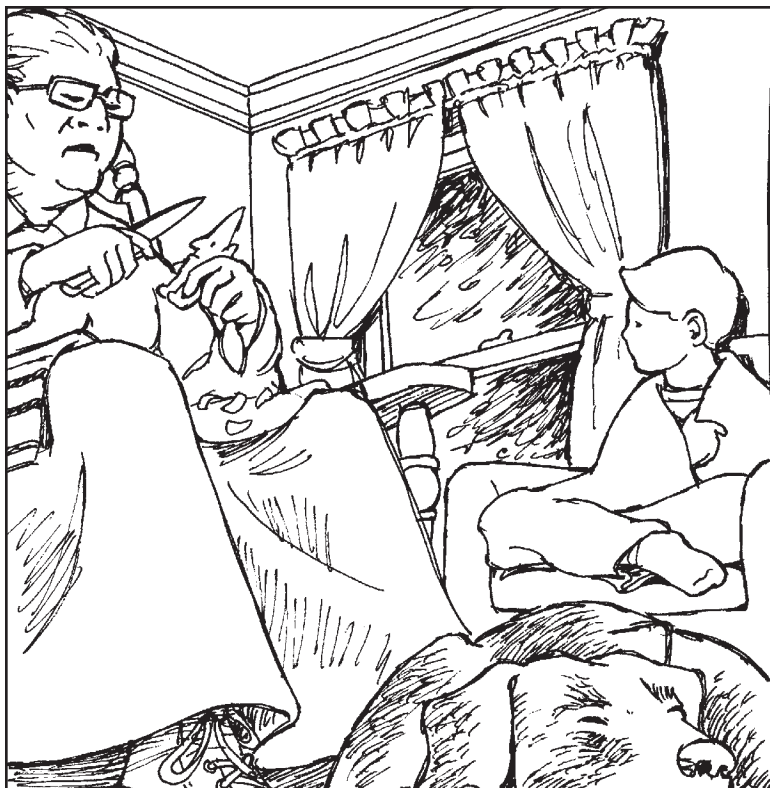
Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner

www.readinga-z.com

Viento del noreste
(The Nor'easter)
Un libro de lectura Nivel Q
© Learning A-Z, Inc.
Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner
Traducido por Lorena F. Di Bello

Todos los derechos reservados.

www.readinga-z.com



—Qué feo tiempo nos tocó para el Día de Gracias, ¿verdad Kevin? —dijo la abuela, su voz parecía literalmente romper el hielo en la helada sala. Todo estaba en silencio excepto por tres ruidos: el crujido de la casa que era presionada por el viento, el ruido del cuchillo de la abuela mientras tallaba otro de sus enanos de madera y el castaño de los dientes de Kevin.

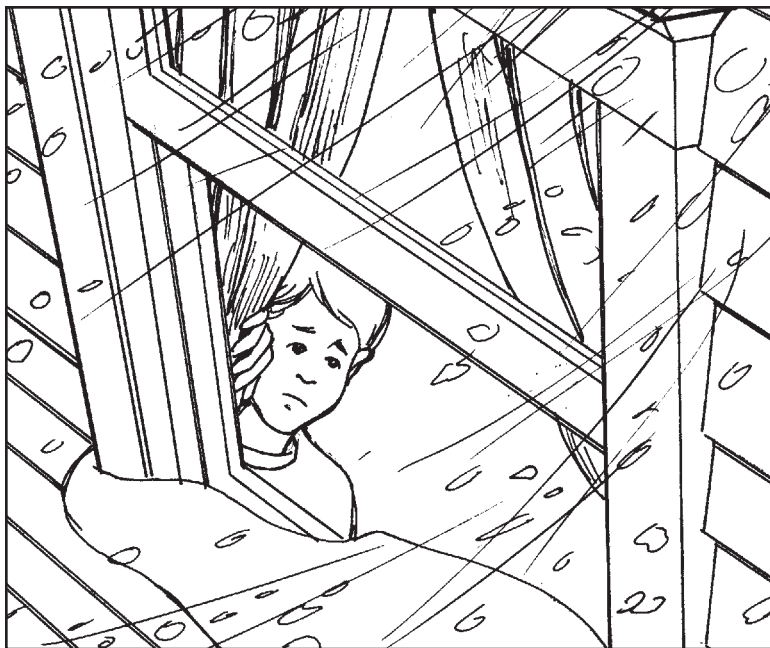
—No es una buena noche para que la gente esté afuera —murmuró, casi para sí misma.

Kevin y sus padres habían dejado el apartamento en Boston un poco más temprano esa mañana, porque había comenzado a caer aguanieve. Para cuando llegaron a la carretera, ya era casi una ventisca, los autos coleaban por todos lados hasta que la carretera entera bajó la velocidad a cincuenta y cinco kilómetros por hora. El viaje de dos horas al cabo Cod terminó siendo de seis y pensaron que serían los últimos en llegar. Pero ni bien pisaron el frío portal de la abuela pero que olía deliciosamente bien, ella gritó desde la cocina:

—El tío Bob y su nueva esposa están atorados en una cuneta en la autopista, y el camión de remolque está tan ocupado que no los podrá sacar hasta dentro de una hora. Preguntaron si ustedes podrían pasar a buscarlos en su carro cuatro por cuatro.

—Quédate aquí Kevin —su papá le ordenó, y Kevin gruñó. Al no estar sus primos, lo único que se podía hacer en la casa de la abuela era escuchar otra más de sus historias.

—No es una noche agradable para nada —ella murmuró, el cuchillo rayaba mientras ella grababa la barba del enano—. Cuando yo era una niña tuvimos un viento noreste como éste justo para el feriado, debe de haber sido dos veces peor que éste. ¿Escuchas el crujido del viento, Kevin? Bueno, todavía no vino lo peor.



Como si quisiera demostrar su desacuerdo, el viento de repente sopló en ráfagas contra la casa, golpeando como un enorme puño contra todas las ventanas. Afuera, Kevin podía ver la nieve cayendo por el único rayo de luz con forma de cono que venía de la farola de la calle.

—Hay algo que se llama oleaje de tormenta que sucede cuando la presión del aire cae en el centro de la tormenta —la abuela continuó—. Aspira un enorme domo de agua, como si Dios estuviera sosteniendo una gigantesca aspiradora arriba del océano. Sucede con marea alta y trae unas inundaciones que no te puedes ni imaginar.



—Ese oleaje de tormenta vino con la marea de la noche —ella continuó—. Mi padre nos llevó a todos arriba de donde podíamos observar el océano desde la gran ventana salediza de la habitación de mamá y papá. Primero la espuma vino por el camino y comenzó a mojar la pintura de la casa de nuestros vecinos, los MacIntosh. Luego el agua llegó a lo alto de los cimientos y las olas avanzaban por nuestro camino de entrada. Luego las escuchamos golpear, como si azotaran la casa; a veces venía una grade y ¡PAFF! Las escuchábamos golpear repetidamente contra las paredes.

El viento parecía estar escuchando, dado que repetía el ruido de las olas como si fuera un eco. Kevin suspiró y miró rápidamente por la ventana, imaginando por un momento que la nieve que el viento hacía volar era la espuma blanca de una ola que se estrellaba contra la casa.



—Las olas continuaban subiendo, y escuchamos que las ventanas se quebraban una por una. La puerta de adelante se destrozó y se abrió y el agua se derramó en la sala; escuchábamos que nuestros muebles se chocaban contra cosas en el meneo, y comenzamos a escuchar que el agua trepaba por las escaleras.

—Nuestro padre estaba por llevarnos al ático cuando escuchamos ese horrible estallido. Miramos por la ventana, la casa de los MacIntosh había sido arrancada de los cimientos, y se iba flotando crujiendo y haciendo chirridos. Luego como un barco que se está hundiendo, comenzó a girar y volcó, ¡pum! Yo era amiga de la niña más pequeña de los MacIntosh, Amy. Ella y su mamá se agarraron de un sillón y terminaron con vida en la playa en Tonset. Nunca volvieron a ver a su padre ni a su hermano.

De repente se escuchó un chillido horrible y Kevin pegó un salto de casi medio metro.

—¡El bizcocho está listo! —anunció la abuela, poniéndose de pie y se fue arrastrando los pies hacia la cocina, era sólo el reloj del horno. Su voz flotaba desde la cocina con un cálido aroma a canela—. ¿No te estaré asustando, verdad? Caramba, yo sí estoy asustada; no me gusta tener a todos mis hijos afuera con un tiempo como éste.

Kevin caminó hasta la ventana y ahuecó sus manos sobre sus ojos. La única cosa visible era el cono de nieve cayendo debajo de la farola de la calle. Él imaginó que más allá de ese pedazo de luz, las olas habían comenzado a avanzar lentamente desde la costa, subiendo hacia la casa.

Sí, allí estaba, estaba seguro de haber visto el borde blanco de las olas deslizándose por el camino, salpicando brillantes vetas de espuma. Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando vio que la figura se movía y crecía, y justo cuando estaba por salir corriendo a donde estaba su abuela, se dio cuenta de lo que había visto: faros. Las luces de un carro iluminaban los enormes copos de nieve, haciéndolos parecer el frente de una ola en movimiento. Era el carro de sus padres entrando por el camino, con Bob y Nancy en el asiento trasero. Kevin se rio de sí mismo y corrió hasta la puerta para darles la bienvenida después de la tormenta.